

Poesías de Joaquim Folguera

—Del tomo *Poesías*. Prólogo y Versiones
de EMILIA BERNAL. Barcelona, 1930.—

Una mujer que pasa

Viene el rumor de la avenida
una vaharada a perfumar;
lleva en el brazo una mujer
de un haz de luz la claridad.
La mujer pasa iluminada
por el fulgor de su mirar
y el haz de flores que resbala
sobre su curvo seno, cual
si la flor se le rindiera
con una gracia de mujer
y toda amor se le ofreciese
llena de suave languidez.
Entre el va y ven de la avenida
la fragancia se diluyó;
la que llevaba el haz de luz
se va alejando con su olor
y el viandante que la seguía
los párpados entornó
embriagado por la fragancia
indefinida de la flor.

Queja

Cayó, por mi desdicha, enamorada,
aquella mujer dulce que tenía
un aire tan humilde, una mirada
que ser la de una hermana parecía.

Por mi desdicha, me será negada
la sonrisa tan pura que me abría...
De nuevo el alma irá desconsolada
por el fondo de mi melancolía.

Por mi desdicha, me quedé sin ella.
Escondiendo su amor, y, temerosa,
hasta de su mirar se torna avara.

Seré su extraño ya. Ya nunca ella
ni por consuelo me dará piadosa
un rayo más de su mirada clara.

Canción pálida

Es una canción muy pálida,
la oigo, a menudo, cantar;
la dice una virgen pálida
que es pálida de cantar.

Es una canción muy bella
que causa suave temblor:
la canción es la más bella
después de la del amor.

Es una canción que exalta,
es clara como un anhelo,
tibia como un seno, y alta
como una estrella del cielo.

La canción que no se cansa
de aproximarse y huir:
la canción de la esperanza,
dulce hasta el fin del vivir.

El secreto

Tu secreto es mi secreto
que renace cada día.
Ayer él nos confundía
y hoy, nos separa el secreto.

Con la obsesión de su olvido
nos separa y nos tortura
y es el mismo quien procura
no echarnos en el olvido.

Ahora se lo digo al viento
que me quema a su contacto
y el remolino del viento
me vuelve el secreto intacto.

La muerte

Esta noche la muerte venía...
La he sentido en el vaho de silencio
que al rumor de la noche exhalaba.

Cerca de ella la gente callaba.
El silencio ofrendaba al silencio.
¡El callar de la muerte absorbía!

El callar poco a poco traía
del recuerdo la niebla que hacía
fino velo ocultando la muerte.

Uno, entonces, habló de la muerte;
pero nadie en la noche sentía
que en la niebla flotaba la muerte.

La voluptuosidad de la muerte

La muerte, ahora, con sus bocanadas
me circunda, Señor, y no me toca.
Del mundo en la penumbra perdí el límite
y de las cosas el contacto fino.
Siento que me despoja a cada embate
de un rastro humano y sin embargo, no osa
en mí pudor acometerme, se echa
cansada junto a mí, después me mira
con mirada que es hálito muy puro,
graciosa se alza y otra vez se vuelve
hasta diluir mi aliento por el aire
cálido del calor que irradia ella.
Nunca me abraza, mas me lleva siempre
un girón de la vida, que es ahora
débil y pura hasta el instante en que
bajo su beso dulce, eternamente
y desnuda la tenga entre sus brazos.

Sin amada y sin amigo

Sin amada y sin amigo
queda oculta la elegía.
¿Os la digo o no os la digo?
¿Entonces, quién la oiría?

Aquí está una encina dura:
si le digo mi lamento
empiezo con voz oscura
y ella escucha sólo al viento.

Ved al perro de aire fiel:
si le digo la elegía
a mis pies se adormiría
¡no quiere más que ser fiel!

Clara el agua del torrente
pasa y huye... Si la oía;
mi voz muere en la bravía
furiosa voz del torrente.

Solo me encuentro y la digo.
¡Con la voz, trémulo, acierte!
Hay que rendirse a la suerte:
«Sin amada y sin amigo».

¿En dónde estás, amor...?

¿En dónde estás, amor, que a mi conjuro
jamás te dejas ver? Si andas por aquí,
un suspiro de fuego exhala y di
en dónde estás dentro de este aire oscuro.

Todos hablan de ti,
mas yo nunca te miro aparecer;
de tan pequeño que eres, puede ser,
o porque sólo espíritu hay en ti.

Pero yo con las sombras puedo también hablar,
yo que me he vuelto sombra a fuerza de soñar.
Puede ser que te hubieras escondido de mí,
o que en el infinito los otros te han mirado;
pero dime, siquiera, qué sabor hay en ti,
si estás dentro de este aire oscuro a mi costado.

Desolación

Estoy de pena adolorido;
¿por quién?
Tengo el amor dado al olvido
y duelo fué mi vida ayer.
No puede haber, pues, añoranza
si todo amor reposa en mí
y un tiempo vivo de templanza.
No sé por qué, mas la bonanza
perdí.
Toda la luz de la esperanza
se diluyó dentro de mí
y ahora soy todo desesperanza.
¿Por quién
la pena así mi vida alcanza?
¿Por quién?

Estampas

Los providenciales

Los pueblos se cansan de la rutina de sus hombres públicos

El ostracismo fue en cierta época de la historia de los atenienses una forma de justicia popular. Refiere Plutarco que se le aplicaba a todo el «que parecía sobresalir entre los demás por su fama, por su linaje o por su facundia en el decir» Tomó su nombre del medio empleado para ejercerlo: la concha. Los ciudadanos escribían sobre ella el nombre de la persona contra quien iba dirigido el castigo de expulsión y luego los funcionarios hacían el recuento. De Aristides cuentan que fue sometido a este sufragio y que mientras los ciudadanos se ocupaban de escribir sobre las conchas, él, en medio de la muchedumbre, observaba. De pronto «un hombre del campo, que no sabía escribir, dió la concha a Aristides, a quien casualmente tenía a mano, y le encargó que escribiese a Aristides; y como éste se sorprendiese y le preguntase si le había hecho algún

agravio: — Ninguno — respondió, — ni siquiera lo conozco, sino que ya estoy fastidiado de oír continuamente que le llaman el justo.»

Una forma de justicia popular que se ejercía contra hombres de preeminencia repugnante. Este mismo Aristides de la anécdota sentía lo que pesaba en el destino de su pueblo cuando dijo que «no podía salvarse la república de Atenas si a Temístocles y a él no los arrojaban en una sima.» Los pueblos se cansan de la rutina de sus hombres públicos. Es la rutina de más funestas consecuencias. Todo el prestigio de que aparecen aureolados es farsa y simulación. El ateniense expresó con un sentido admirable su anhelo de renovación. La mente y el corazón de Aristides podían estar llenos de justicia, pero el ateniense estaba fastidiado de tanto oír que se pregonara. Los pregoneros de las